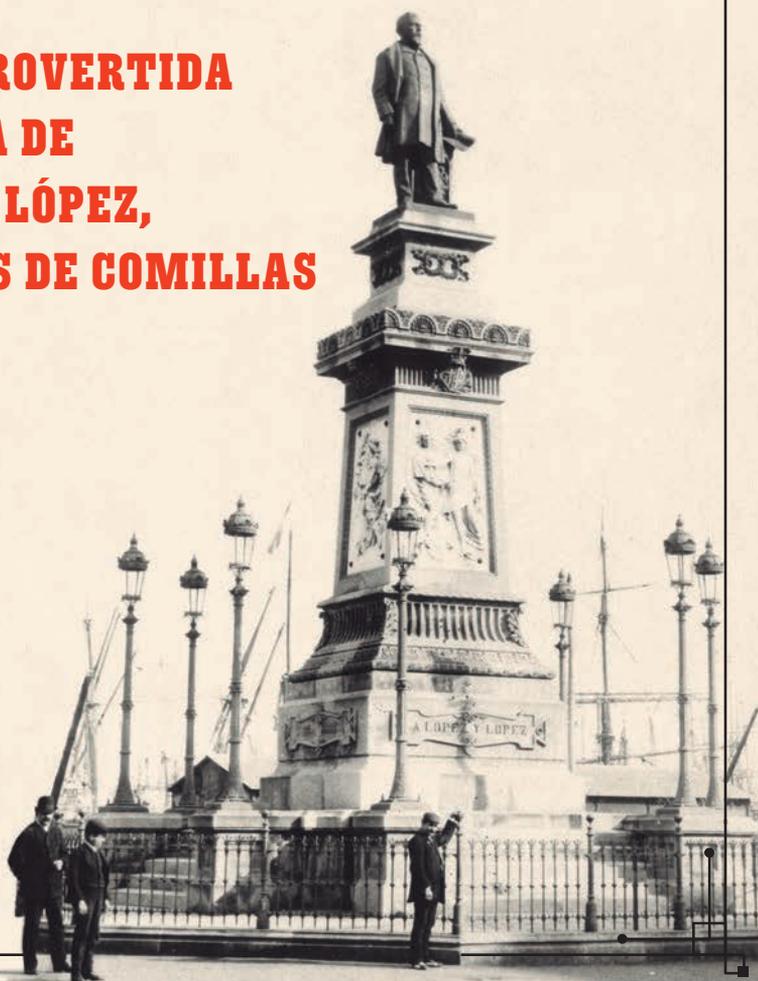


MARTÍN RODRIGO
Y ALHARILLA

UN HOMBRE, MIL NEGOCIOS

**LA CONTROVERTIDA
HISTORIA DE
ANTONIO LÓPEZ,
MARQUÉS DE COMILLAS**



Ariel

Martín Rodrigo y Alharilla

Un hombre, mil negocios

La controvertida historia de
Antonio López, marqués de Comillas

Ariel

Primera edición: enero de 2021

© 2021, Martín Rodrigo y Alharilla

Derechos exclusivos de edición en español:
© Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3278-9
Depósito legal: B. 7.602-2020

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

La polémica de la estatua o una estatua polémica

La mañana del domingo 4 de marzo de 2018, en un acto tan festivo como político, unos operarios retiraron de su pedestal la estatua de Antonio López y López, primer marqués de Comillas (1817-1883), situada hasta entonces en la homónima plaza de Barcelona. Al hacerlo, ejecutaban una decisión adoptada por el equipo de gobierno municipal, integrado exclusivamente por concejales de Barcelona en Comú y encabezado por la alcaldesa Ada Colau. Al retirar dicha estatua del espacio público, los responsables del Ayuntamiento de Barcelona aplicaban escrupulosamente una de las promesas del programa electoral con el que Barcelona en Comú se había presentado a las elecciones municipales del 24 de mayo de 2015, según el cual habían tomado el compromiso de «impulsar una revisión completa del nomenclátor y los espacios de memoria de la ciudad para garantizar que éste quede libre de referencias apologéticas en la memoria del esclavismo, el franquismo y el fascismo». En este caso, al verdadero Antonio López, en cuyo honor se había levantado aquella estatua en 1884, se le acusaba de haber estado vinculado, mientras vivió en Santiago de Cuba, al mundo de la esclavitud, en general, y al comercio de africanos esclavizados, en particular.

No es menos cierto que la decisión de retirar aquella estatua recogía también una demanda planteada por algunos sec-

tores de la sociedad civil barcelonesa, quienes llevaban tiempo pidiendo que la plaza de Antonio López, allí donde se alzaba la polémica estatua, cambiase de nombre. En el año 2014, sin ir más lejos, la entidad SOS Racisme había planteado su propuesta de rebautizar aquel lugar como plaza de Nelson Mandela. Y algo después, el 7 de octubre de 2015, en el marco de la conmemoración de la Jornada Mundial por el Trabajo Digno, un buen número de delegados y de dirigentes de las tres principales organizaciones sindicales catalanas (Comissions Obreres, Unió General de Treballadors y Unió Sindical Obrera de Catalunya) se concentraron junto a la susodicha estatua para afirmar que era «vergonzoso» que la capital catalana tuviese una plaza y un monumento dedicados a «un conocido esclavista que, ciertamente, no merece ningún espacio en la ciudad». En aquel acto, los líderes sindicales que tomaron la palabra pidieron rebautizar aquel emblemático espacio como Rana Plaza, con el objeto de que sirviese para recordar un edificio de la localidad de Savar, en Bangladesh, cuyo derrumbe, acaecido el 24 de abril de 2013, había provocado la muerte de 1.127 trabajadores del sector textil, los cuales trabajaban en condiciones extremadamente precarias y habían pagado con su vida el afán de producir bienes de bajo precio, en el marco del actual proceso de globalización capitalista.

Más allá de SOS Racisme y de los sindicatos CC. OO., UGT y USOC, otras entidades habían pedido también la retirada de la estatua y el cambio de nombre de la plaza. Así lo habían propuesto, por ejemplo, la Federació d'Associacions de Veïns de Barcelona, el Espacio del Inmigrante o el Movimiento Panafricanista de Barcelona. Por otro lado, la campaña «Cerremos los CIE» (o sea, los Centros de Internamiento de Extranjeros) había insistido en que aquella emblemática plaza debía dejar de honrar la figura de Antonio López para recordar a un joven guineano llamado Idrissa Diallo, quien había fallecido con apenas veinte años, el 5 de enero de 2012, tras haber sido internado en el barcelonés CIE de la Zona Franca. Al honrar al joven Diallo, los promotores de aquel cambio de nombre de la plaza Antonio López querían denunciar las condiciones en

que se internaba a las personas inmigrantes en los polémicos CIE, así como evidenciar las consecuencias mortales derivadas de las políticas migratorias de España y de la Unión Europea.

Más allá del amplio número de barceloneses que solicitaron expresamente al ayuntamiento que retirase del espacio público la estatua de Antonio López y que cambiase el nombre de la susodicha plaza, hubo también muchas otras voces que se opusieron a dichas demandas y que pidieron, sin éxito, a la corporación municipal que dejase las cosas como estaban. No en vano y al hilo de las propuestas enfrentadas sobre lo que convenía hacer con la estatua del primer marqués de Comillas, lo cierto es que Barcelona ha conocido en los últimos veinte años una abierta polémica entre detractores y defensores de su figura. Entre los argumentos defendidos por los primeros destacaba, como señalé, la afirmación de que se trataba de alguien directamente vinculado con el tráfico de esclavos durante los años que vivió en la isla de Cuba, razón por la cual aquella estatua debía ser retirada. Quienes le han defendido han insistido en que no resulta conveniente juzgar con ojos del siglo XXI conductas del siglo XIX y, sobre todo, en que la trayectoria del primer marqués de Comillas, como empresario y como mecenas, merecía ser recordada por las generaciones presentes y futuras de barceloneses manteniendo en pie la citada estatua en un espacio público. Algunos han añadido, además, que no se debe calificar a López como «negrero», dado que no hay pruebas documentales que sustenten dicha afirmación.

La controversia entre defensores y detractores del empresario Antonio López y López no era nueva, sino que venía de lejos. Valga recordar aquí que el coordinador general de la formación política Esquerra Unida i Alternativa, el economista y abogado Antoni Lucchetti, firmó, el 19 de mayo de 1999, una Tribuna en la edición de *El País* en Cataluña titulada «Barcelona no se merece la plaza de Antonio López». En la misma se puede leer que López emigró de joven a Santiago de Cuba y que allí «pronto se dedicó, como tantos ilustres catalanes, a la compra-venta de esclavos, actividad que entonces (casi tanto como ahora) era muy remuneradora. Su cuñado, Francisco Bru, afirmó

que López se entendía con los capitanes negreros que llevaban clandestinamente esclavos de África a las cercanías de Santiago» y luego él los reenviaba a otros puntos de la Isla. Aquella era la razón principal por la que dicho autor afirmaba que la capital catalana no debía mantener la estatua. Y acababa sugiriendo: «Habría que promover una suscripción popular para derrocar ese monumento, sustituirlo por otro dedicado a la diversidad y cambiar el nombre de la plaza por otro; por ejemplo, plaza del Inmigrante». En consecuencia y en el marco de la campaña previa a las elecciones municipales de Barcelona del 13 de junio de 1999, la candidatura de Esquerra Unida i Alternativa en Barcelona realizó un acto electoral durante el cual cubrieron dicha estatua con bolsas de basura negras.

Fue en aquel contexto cuando María del Mar Arnús publicó, el 5 de junio de 1999 y también en la edición catalana de *El País*, un texto donde aparecían ya algunos de los argumentos que se irían repitiendo en los años posteriores en defensa del empresario nacido en Comillas. Aquella autora consideraba que la figura de Antonio López era, por encima de todo, la de un «indiano protector de las artes y las letras». Y afirmaba también que «el monumento a López simboliza el del más famoso de los emigrantes, que vuelve rico y se establece en la única ciudad española moderna capaz de generar riqueza». En su alegato hagiográfico, María del Mar Arnús consignaba que López era «el personaje que mejor ilustra la proyección internacional (finanzas, comercio, marina, emigración, mecenazgo) de la economía y la sociedad catalana del siglo XIX», y atribuía las críticas hacia su persona a la «historia negra» que se acostumbra a tejer en torno a cualquier «personaje que acumula tanto dinero y poder en un corto período de tiempo». Una leyenda negra que tenía, según ella, una única fuente: un cuñado del cuestionado empresario llamado Francisco Bru, al que María del Mar Arnús caracterizó como «resentido y acomplejado» y al que definió como «la oveja descarriada de la familia». Con aquellos adjetivos, dicha autora quiso desautorizar la veracidad de las afirmaciones que Pancho Bru había vertido en su famoso libro *La verdadera vida de Antonio López y López*. Un

polémico texto, publicado poco después de la muerte de López, en el que dicho autor dejó escritas frases como las que siguen: «¿Quiere saberse ahora el comercio que el insigne D. Antonio López hacía? Traficaba en carne humana; sí, lectores míos. Era comerciante negrero. López se entendía con los capitanes negreros, y a la llegada de los buques, compraba todo el cargamento, o la mayor parte de él [...] Compraba en Santiago de Cuba negros a bajo precio y los enviaba a La Habana y a otros puntos de la isla donde los vendía con más o menos ganancias, pero siempre con una ganancia muy alta». Y en otro fragmento, añadía: «Santiago de Cuba no había visto jamás a un negrero más duro, más empedernido, feroz y bárbaro» que López; para concluir: «con razón podrá llamarse a aquella plaza, *la Plaza de los Negreros*, porque será la rehabilitación monumental y la apoteosis radiante de todos los comerciantes de carne humana» (Bru, 1885: 62-65). A diferencia del testimonio de Francisco Bru Lassús, María del Mar Arnús publicó en su artículo en *El País* que «hoy hay varios estudios que avalan su no participación en el tráfico de esclavos». En su nota no citaba, sin embargo, ninguno de aquellos estudios.

Casi veinte años después, el 4 de marzo de 2018, la misma autora volvió a publicar en la prensa un escrito con idénticos argumentos. En aquel caso, el medio que se prestó a dar publicidad a sus tesis fue *La Vanguardia*. Afirmaba en esta ocasión María del Mar Arnús haberse preocupado en sus investigaciones por «indagar sobre la carrera meteórica del mecenas Antonio López, primer marqués de Comillas, sobre el que pesaba el sambenito de traficante de esclavos», añadiendo que «tras revolver archivos y consultar a historiadores ingleses, catalanes y cubanos, comprobé que no existía ningún documento serio que avalase esa tesis», más allá de los «libelos» publicados por su cuñado Francisco Bru. Tampoco entonces nombró a ninguno de aquellos historiadores a los que se refería como fuente de autoridad. Afirmaba, además, dicha autora que en Cuba «a López se le reconoce como liberador de esclavos y promotor de la escuela moderna», por lo que consideraba «denigrante que le tilden de negrero en tantos medios». María del Mar

Arnús publicó, por cierto, ambas notas en *El País* y en *La Vanguardia* firmándolas como «historiadora y crítica de arte». No quiso presentarse, sin embargo, como descendiente de Evaristo Arnús y Ferrer (1820-1890), financiero catalán coetáneo de Antonio López, de quien fue socio y buen amigo. Tan amigo que el primer marqués de Comillas tenía, sobre su mesa de trabajo, un busto de su colega Evaristo Arnús. Tampoco quiso presentarse como la cuarta condesa de Sert, título que ostenta desde hace años merced a su matrimonio con Francisco de Sert y Welsch, tataranieta a su vez de Claudio López y López (1818-1888), es decir, del hermano y socio del primer marqués de Comillas. Resulta legítimo pensar, no obstante, que la vehemencia que María del Mar Arnús ha mostrado, en los últimos veinte años, en su defensa de la figura de Antonio López y de su estatua, puede explicarse, al menos en parte, si tenemos en cuenta dichos vínculos familiares.

A favor de mantener la estatua intervino también en el debate otra descendiente de López. Me refiero a Isabel Güell López, a quien *El País* le quiso prestar sus páginas para dar publicidad a sus argumentos, lo que hizo el 16 de abril de 2016. Escrita en formato epistolar y en primera persona, destilando un humor muy fino y simulando que el autor de la nota era, en realidad, el difunto Antonio López, Isabel Güell no quiso hacer ninguna mención explícita a la supuesta implicación del primer marqués de Comillas en el tráfico de africanos esclavizados, aunque en su texto se diría que acepta que dicha implicación fue cierta. En todo caso, lo que parece proponer es cierta disculpa moral sobre la misma basándose en la idea de que los valores que son aceptables en un momento histórico pueden dejar de serlo más adelante sin que debamos caer en el error de analizarlos bajo cierto presentismo histórico. De hecho, aquella carta, presuntamente escrita por López, concluía preguntando: «¿Con qué criterio se ha de juzgar a nuestros antepasados?». Antes, en su nota, Isabel Güell había compartido las siguientes reflexiones, puestas en la pluma del primer marqués de Comillas: «Únicamente añadiré una reflexión tan obvia como necesaria a la hora de juzgar el pasado. A cada época le toca vivir su

estupor, estupor más o menos retrospectivo, vergüenza que asoma tarde o temprano. A los jóvenes de mi generación [...] nos tocó aterrizar en un lugar y una época enraizada en la relación de amos y esclavos: relación, además de legal, vivida como natural, lo que conlleva impunidad no sólo ante la ley sino ante uno mismo y ante la eternidad». Y si Isabel Güell López aprovechó la tribuna que le brindó *El País* para sugerir esa especie de disculpa moral sobre la vinculación de López con la institución de la esclavitud y con el comercio de esclavos, quiso así mismo resaltar los legados positivos que el difunto marqués de Comillas había legado a la capital catalana: «¿Qué sería de Barcelona sin nuestras aportaciones?», hacía preguntar a su augusto antepasado, quien inmediatamente respondía: «Desde luego, no sería esa capital de Catalunya que tanto interés despierta. Entre otros notables emprendedores [Juan Güell y Antonio López] fundamos las primeras industrias [y] descubrimos y protegimos a los principales artistas catalanes de la época», para concluir que sin aquellos dos ilustres mecenas «el modernismo catalán no existiría».

En su nota, Isabel Güell López citaba, de forma explícita y laudatoria, a la profesora Anna Caballé, responsable de la Unidad de Estudios Biográficos de la Universitat de Barcelona, quien había publicado previamente otra nota titulada «Dos homes i un nomenclàtor». Un escrito tan extenso como interesante que salió a la luz en el *Quadern* de la edición catalana de *El País*, el 24 de febrero de 2016. Cabe leer aquel texto como una reacción al anuncio realizado doce días antes por el comisionado de Memoria del Ayuntamiento de Barcelona, el historiador Ricard Vinyes, en el que expresaba la voluntad de la corporación de proceder al cambio de nombre de la plaza de Antonio López. En su largo artículo, Caballé aportaba *ex cathedra* una serie de argumentos a favor de las figuras de López y de Güell y en contra de los cambios en el nomenclátor barcelonés anunciados por Vinyes. Cuestionaba, de entrada, «la orgía de pureza histórica que vivimos», a la que situaba además en el marco de «la tradicional furia catalana por acabar con lo poco que hemos hecho». Se había desatado, a su juicio, una verdadera «caza de

brujas» contra «dos hombres de negocios que fueron decisivos para el desarrollo de la Cataluña financiera, industrial y cultural de la segunda mitad del siglo XIX». Caballé se rebelaba, precisamente, contra dicha caza de brujas reivindicando las figuras de López y de Güell, a los que caracterizaba como «hombres audaces, fundadores de las primeras industrias, de los primeros bancos y compañías de navegación que tuvo nuestra doble nación y sin las cuales la capital catalana no sería como es, y el modernismo catalán no existiría porque ellos y sus hijos financiaron las obras de los mejores artistas de su tiempo». Aunque aseguraba también que «hay pocas dudas de que algunas de sus empresas fueron turbias, ya que su enriquecimiento fue muy rápido», señalaba las dificultades de poder probar determinadas acusaciones y de poderlas analizar por «la falta de documentación», ya que «tanto Güell como López dejaron atrás los papeles que podían acreditar la índole de sus negocios y ninguna de las dos familias posee archivos patrimoniales». Siendo esto así, la conclusión de Anna Caballé resulta evidente: «Ahora —decía en 2016— vamos contra ellos sin pruebas, sólo con el resentimiento ideológico, clasista y sectario».

En defensa de la figura de Antonio López y, sobre todo, criticando a la alcaldesa de Barcelona, Ada Colau (a quien acusaba de hacer unas «reinterpretaciones populistas de la historia» y de «juzgar realidades del pasado con ojos del presente»), alzó también su pluma un colaborador habitual de *La Vanguardia*, el economista Francesc Granell. En un texto publicado cinco días después de la retirada de la polémica estatua, dicho autor consignaba que «retirar el monumento de López bajo la acusación de que fue un traficante esclavista es simplemente una inaceptable reinterpretación histórica». Así lo sostenía mientras afirmaba que «la esclavitud en las Antillas españolas solamente fue prohibida en 1886 [...] con esto quiero significar que, aunque López hubiera hecho tráfico esclavista en Cuba, aquella era una actividad legal en la época, por lo que reinterpretar ahora la historia acusándolo de delincuente traficante de seres humanos es un sinsentido». De todas formas y a diferencia de María del Mar Arnús, Granell no sólo no nega-

ba expresamente una eventual dedicación del joven Antonio López al comercio de esclavos, sino que prefería situarlo en un marco más general. Su defensa del controvertido personaje (y de su estatua) se basaba, pues, en dos argumentos: la legalidad del tráfico y el hecho de que no hubiera sido el único empresario catalán implicado en tal actividad.

Llegados a este punto, me siento obligado a puntualizar una cuestión: no es cierto, como afirma Granell, que la prohibición del tráfico de esclavos se diera, en la legislación española, en 1886. Aquel año desapareció, en efecto, la esclavitud en Cuba (en Puerto Rico lo había hecho trece años antes, en 1873, y en la España peninsular aún antes, en torno a 1837) pero el comercio transatlántico de africanos esclavizados había sido prohibido por España mucho antes. De hecho, mediante un tratado bilateral firmado con Gran Bretaña el 27 de septiembre de 1817, la Corona española había declarado ilegal tal actividad; una ilegalización que debía producirse en dos fases y que debía ser completa a partir de junio de 1820. Sabemos, no obstante, que pese a dicha prohibición, el comercio de esclavos africanos hacia Cuba continuó vigente, aunque de forma ilegal, hasta 1867, año en que desembarcó clandestinamente el último esclavo africano en la mayor de las Antillas (y en cualquier otro punto de América). Siendo así, en el caso de que Antonio López hubiera estado implicado de alguna manera en la trata africana durante los años en que estuvo viviendo en Santiago de Cuba, o sea, entre 1844 y 1856, lo habría hecho en el marco de una actividad ilegal y perseguida por la justicia española e internacional. Tampoco es cierta, por lo tanto, la afirmación que María del Mar Arnús había realizado años antes, en 1999, al consignar que «pese al decreto de abolición de la esclavitud de 1824 [*sic*] [...] el comercio de esclavos estaba autorizado». Como acabo de señalar, para los españoles el comercio de esclavos había pasado a ser una actividad completamente ilegal a partir realmente de 1821.

Más lejos aún de donde quiso llegar el economista Francesc Granell en su defensa de Antonio López lo había hecho otro de los tataranietos del primer marqués de Comillas. Me

refiero al empresario José Joaquín Güell de Ampuero, quien el 14 de junio de 2017 había publicado una extensa nota, también en *La Vanguardia*, en la que afirmaba que la controversia sobre la retirada o no de la estatua escondía, en realidad, un debate más profundo y, sobre todo, más ideológico. A un lado, Güell situaba a una «izquierda infantil» cuyos «ojos [...] no alcanzan a ver más allá de la caricatura del magnate», o sea, a unos izquierdistas que «desdeñan al rico, al poderoso, al opresor» por el mero hecho de serlo, sin matices, y que apuestan por retirar la susodicha estatua «porque Antonio López encarna todo lo que ella [Ada Colau] y los suyos desprecian y temen. Desprecian la verdadera lucha del hombre contra su destino, que no consiste en organizar protestas y lamentar el éxito de los demás, sino en trabajar, arriesgar y sí, si es posible, triunfar. Capitalismo sin subvenciones, capitalismo salvaje».

En defensa de la persona de su tatarabuelo y de la estatua que lo glorificaba, José Joaquín Güell de Ampuero se situaba en el otro lado de esa trinchera ideológica, sublimando los valores propios del capitalismo y decididamente enfrentado a Ada Colau y a esa «izquierda infantil» a la que criticaba de manera abierta. Para él, el primer marqués de Comillas fue no sólo, y «con diferencia, el empresario más importante de la historia de Cataluña», sino que también fue, «junto a su familia, el mecenas más importante de la historia moderna de Cataluña». Añadía, por otro lado, que su figura debe analizarse como la del «charnego, *avant la lettre*, más importante de la historia de la ciudad y [como] el máximo exponente de la celebrada y languideciente sociedad civil catalana», y que Antonio López debía juzgarse como alguien que «hizo más por el renacimiento de las letras y las artes catalanas que el Departament de Cultura de la Generalitat en las últimas cuatro décadas». Teniendo en cuenta que los méritos del primer marqués de Comillas fueron, a su juicio, abrumadores (empezando por su condición de «hombre-hecho-a-sí-mismo» por haber nacido en un hogar pobre y haber acabado sus días con un inmenso patrimonio) nada debía justificar la retirada de su estatua, más allá de razones ideológicas. Cabe añadir que el 16 de mayo de 2018, la

Asociación de Antiguos Becarios de La Caixa, o sea, de la principal entidad financiera catalana, le dio a este tataranieto de López la oportunidad de defender sus argumentos en público, en una sesión titulada significativamente «Emprendedores que cambiaron Barcelona: indianos del siglo XIX». Se trataba de un diálogo a dos voces en el que se equiparaba a Antonio López (a quien los convocantes describían como «probablemente el empresario más destacado de su época») y a otros indianos de la capital catalana como José Xifré o los hermanos Alejo y Manuel Vidal Quadras con los actuales fundadores de Google, Facebook, Amazon o Apple.

Sea como fuere, las voces que criticaron al Ayuntamiento de Barcelona, presidido por Ada Colau, por su decisión de retirar la estatua del primer marqués de Comillas fueron amplias y diversas, y tuvieron eco en diversos medios de información y de comunicación. Parece bastante claro que tanto *El País* en su edición de Cataluña como *La Vanguardia* prestaron sin problemas sus páginas para dar publicidad a los argumentos de quienes defendían a López y se oponían a la retirada de su estatua. No fueron, sin embargo, los únicos medios que así lo hicieron. Hubo igualmente otros diarios, editados en Madrid, que aprovecharon dicha polémica para arremeter contra la alcaldesa de Barcelona. Así sucedió con el periódico *ABC*, que publicó, el mismo día en que bajaban de su pedestal la estatua de López, un artículo titulado «De los Mas a los Cambó, otros Antonio López de Barcelona que Colau no tiene intención de tocar». Un texto en el que su autor sugería a Ada Colau, a la que acusaba de no ser coherente, que retirase también el monumental busto que hay de Francesc Cambó en la barcelonesa Vía Layetana, porque dicho político había ayudado a financiar, «como gran parte de la burguesía catalana, al bando nacional durante la guerra civil de 1936», y proponía también que hiciese lo propio con la estatua de Cristóbal Colón.

Otro medio igualmente madrileño, *Okdiario*, utilizó la crónica del acto de retirada de la controvertida estatua para cargar contra quienes gobernaban la ciudad de Barcelona. El titular de aquella crónica, redactada por Agustín de Grado, condensaba

muy bien y en pocas palabras su contenido: «Colau, como los talibán [*sic*], derriba la estatua de un mecenas del XIX acusado sin pruebas de esclavismo». Al comparar, sin embargo, a la alcaldesa de la capital catalana con los talibanes afganos, aquel periodista olvidaba que aquella mañana la estatua del marqués de Comillas no se había destruido, sino que, simplemente, se había bajado de su pedestal y se había llevado hasta un almacén municipal. Por otro lado, la presentación de Antonio López como mecenas (y no, por ejemplo, como empresario) parece responder al deseo de presentar la cara más amable de dicho personaje; y al afirmar que éste había sido «acusado sin pruebas de esclavismo» no sólo le exoneraba de su eventual participación en una actividad moralmente condenable (además de ilegal), sino que le convertía en víctima de una arbitrariedad política más de un siglo después de su muerte. Entre los testimonios, por cierto, que citaba aquel periodista, contrarios en su mayoría a la retirada de la estatua, estaban los de los portavoces municipales del PP y de Ciudadanos, además de María del Mar Arnús, José Joaquín Güell y la Asociación Catalana de Capitanes de la Marina Mercante. Y es que han sido varios, ciertamente, los capitanes mercantes que han alzado sus voces y sus plumas contra la retirada de la polémica estatua.

Uno de los más beligerantes ha sido Juan Zamora Terrés, quien expresó su oposición a la decisión del Ayuntamiento de Barcelona en el blog Naucherglobal, del cual es su editor. Cuando los responsables municipales, Ada Colau y Ricard Vinyes, hicieron pública la decisión de retirar la susodicha estatua, en febrero de 2016, Zamora hizo públicas dos notas de opinión en las que hacía suyos los argumentos de Anna Caballé. Hablaba, por ejemplo, de «la caza de brujas iniciada por el comisionado [Ricard] Vinyes y el Ayuntamiento que dirige la señora [Ada] Colau» y consideraba que se trataba de una decisión absurda, de un despropósito basado en el presentismo histórico. Afirmaba que era cierto que Antonio López «transportó esclavos en sus buques entre puertos de la isla de Cuba y entre éstos y los Estados Unidos, pero nunca “traficó” con esclavos cazados en África y conducidos a América. No es difícil

distinguir entre tráfico negrero y transporte; y fácil es comprender que la existencia legal de la esclavitud hacía imprescindible la existencia de servicios de transporte» de las personas esclavizadas. Para él, Antonio López y López era, por encima de todo, «el emprendedor cántabro que, con esfuerzo y tesón, partiendo de la nada, supo construir la mayor naviera del país», o sea, la firma Antonio López y Compañía, fundada en 1857 y transformada en 1881 en la Compañía Trasatlántica SA, cuyo domicilio social se estableció en la capital catalana. Y por esa razón, proponía Juan Zamora, la figura de López merecía ser recordada, en Barcelona, con una plaza y una estatua en su honor.

Apenas dos días después de haberse retirado la estatua del primer marqués de Comillas del espacio público barcelonés, otro capitán mercante llamado Eugenio Ruiz Martínez publicó en el citado blog Naucherglobal una nota valorando aquel acto, tan cargado de rasgos significantes políticos como materializado de forma festiva. Lo hizo con el significativo título de «Antonio López, Pisarello y otros payasos». Se trata de un escrito preñado de juicios de valor y de intenciones, en el que su autor calificaba el acto, en sí, como «una injusta payasada y un monumental error», y en el que afirmaba que, en su desarrollo, la presunta relación de López con el comercio de esclavos había sido irrelevante: «Lo de menos era la esclavitud en la Perla del Caribe. No seamos ingenuos, ni siquiera se molestaron en presentar ni una sola prueba de que fuera negrero». A su juicio, «quitar por las bravas la estatua» obedecía tan sólo a una decisión tan «vergonzante» como gratuita, y es que la «defenestración simbólica de López» debía explicarse básicamente «por el motivo no explícito de ser en Barcelona el conspicuo símbolo de la Restauración borbónica, conservadora y centralizadora». Cabe señalar, en relación con el primer marqués de Comillas y su estatua, que Eugenio Ruiz Martínez ha sido un autor prolífico y que ha publicado en los últimos años numerosos textos, reivindicando siempre la figura de dicho empresario naviero y criticando a la vez la decisión de retirar su estatua.

También el presidente de la Real Liga Naval Española, Juan Díaz Cano, publicó en el mismo blog Naucherglobal el 26

de marzo de 2018, o sea, tres semanas después de la retirada de la estatua, una nota muy crítica con los miembros del equipo de gobierno del Ayuntamiento de Barcelona, a los que calificó como «la progresía común/podemos de Barcelona». Afirmaba que no había pruebas sobre la dedicación de Antonio López a la trata esclavista («Se le acusa de negrero y de traficante de esclavos sin aportar un solo documento o dato que justifique tal afirmación») y que «lo único cierto es que el naviero cántabro fue hijo de la sociedad y de la época que le tocó vivir». Díaz Cano deploraba que la estatua del primer marqués de Comillas se hubiera bajado de su pedestal y lo hacía porque así desaparecía otra de las muestras del pasado glorioso de la marina mercante del país, la del fundador de la célebre Compañía Transatlántica. Y concluía, en tono lapidario: «Dentro de algunos años, cuando, de seguir así, la Marina mercante española tan sólo sea un brumoso recuerdo en la conciencia de una sociedad española tan poco dada al reconocimiento ajeno, la figura de Antonio López no será otra cosa que la figura del naviero que nunca existió».

Sus argumentos no eran muy diferentes de los que habían aparecido en el duro comunicado elaborado por la Asociación Catalana de Capitanes de la Marina Mercante en los días previos a que tuviese lugar la retirada efectiva de aquella polémica estatua. En dicho escrito se afirmaba que, con su decisión, «el equipo del actual gobierno municipal satisface así su obsesión por destruir la escasísima memoria histórica del mundo marítimo y empresarial que queda en la ciudad». Negaba, por otro lado, dicha entidad la «falacia» de que Antonio López se hubiera dedicado, en Cuba, a la trata africana, diciendo que se trataba de una acusación «simplemente falsa», y aseguraba, en consecuencia, que «el ayuntamiento [de Barcelona] no tiene ningún informe que demuestre la aseveración de que Antonio López era un *negrero*, pues la falsedad procede exclusivamente de un panfleto del cuñado de Antonio López dedicado, sin prueba alguna, a denigrar su memoria, despechado por el reparto de la herencia que había decidido su padre», o sea, el suegro del primer marqués de Comillas, Andrés Bru Punyet.

En su nota, la Asociación Catalana de Capitanes de la Marina Mercante afirmaba que «Antonio López fue un gran emprendedor, mecenas del arte y la cultura (Verdaguer y Gaudí trabajaron con él casi de forma exclusiva)» y citaba al «historiador Francesc Cabana», quien en su libro *La burguesia emprendedora* había caracterizado al primer marqués de Comillas como «uno de los pocos no catalanes protagonistas de la transformación del país». Por todas aquellas razones, dicha entidad solicitaba públicamente al equipo de gobierno del Ayuntamiento de Barcelona que reconsiderase su decisión de retirar de su pedestal la susodicha estatua.

El mero repaso a los textos de los diversos autores que participaron, de una u otra forma, en la citada controversia permite llegar a ciertas conclusiones. Se puede concluir, por ejemplo, que, aunque han pasado más de ciento treinta y seis años de la muerte del primer marqués de Comillas, su figura sigue estando muy presente entre nosotros. Así lo prueba el interés que dicho personaje ha despertado, como hemos visto, en los últimos veinte años. No todos los empresarios de su generación, con quienes López pudo compartir vivencias y experiencias, resultan tan conocidos en la actualidad por sectores tan amplios de las sociedades barcelonesa, catalana o española como Antonio López. Y son pocos, muy pocos, los hombres de su tiempo cuya trayectoria vital ha sido capaz de inspirar tanto interés y tanta literatura. Las notas que acabo de recoger demuestran igualmente que el primer marqués de Comillas ha provocado sentimientos encontrados. La controversia, de hecho, entre admiradores y detractores de su figura parece arrancar, cuando menos, desde el mismo momento de su deceso, acaecido en 1883, y transcurrir durante todo el siglo xx, hasta llegar a nuestros días. Una controversia expresada en torno a la idoneidad, o no, de mantener en el espacio público un monumento en su honor. No hay que olvidar que el 5 de marzo de 2018 no fue la primera vez que la estatua que glorificaba la memoria de López se retiraba de su pedestal. Muchos años antes, en el verano de 1936, o sea, coincidiendo con los inicios de la guerra civil española, un nutrido grupo de barceloneses

derribó la estatua original levantada en 1884 en honor de Antonio López, obra del escultor Venancio Vallmitjana. El bronce de aquella primera estatua acabó sirviendo, por cierto, para su uso como material de guerra en la defensa de la República frente a los militares que acababan de sublevarse para subvertir el orden legal y los valores democráticos.

Tuvieron que pasar ocho años hasta que en 1944, siendo alcalde de Barcelona el franquista Miguel Mateu Pla, una nueva estatua volviese a colocarse en el pedestal original, aunque situada a unos pocos metros de su primer emplazamiento. Sobre el citado pedestal se colocó una pieza no de bronce sino de piedra, al parecer de Montjuïc, esculpida por Federico Mares. Ésa sería la estatua que setenta y cuatro años más tarde, siendo alcaldesa Ada Colau, volvería a bajarse de su pedestal para ser depositada en un almacén municipal. El pedestal original, eso sí, se mantuvo (y ahí sigue aún) en la plaza de Antonio López, cuyo nombre sigue conservándose también de manera oficial. Tampoco hay que olvidar que muchos años antes de que empezase la guerra civil, en junio de 1902, la satírica revista *La Campana de Gràcia* publicaba un *auca*, motivada por la reciente defunción de Jacint Verdaguer (quien había sido sacerdote particular de los marqueses de Comillas entre 1876 y 1895), en la que proponían sustituir la estatua del empresario López por la del poeta Verdaguer y «convertir en bronce la estatua desbancada para dedicarla a la caridad hacia los pobres». El afán iconoclasta de unos (expresado de formas distintas en 1902, en 1936 o en 2018, entre otros momentos de nuestro pasado reciente) y la acérrima defensa que otros han realizado, tanto de la trayectoria y de los valores que representó Antonio López como de la necesidad de glorificar en público su memoria con un conjunto monumental, se han ido confrontando prácticamente desde el mismo momento de su muerte hasta la actualidad.

Una controversia marcada por un elemento central, fundamental: la implicación directa (o no) del primer marqués de Comillas en el comercio transatlántico de africanos esclavizados. Una pregunta ha sobrevolado (y sigue, de hecho, sobrevolando)

lando) las numerosas aproximaciones realizadas en relación con su persona: ¿fue Antonio López un negrero? Quienes han promovido la retirada de su estatua consideran que la respuesta a dicha pregunta es afirmativa. Arguyen, además, que nuestra sociedad ni puede ni debe mantener en pie un monumento que se levantó en su día para glorificar a las personas que, como López, estuvieron directamente implicadas en la trata africana, es decir, en ese «odioso comercio» del que hablaba el historiador británico David Murray. Consideran, en definitiva, que no debe haber espacio para la glorificación pública del comercio de esclavos, tampoco en la ciudad de Barcelona.

Entre quienes se han opuesto a la retirada de la susodicha estatua (es decir, entre quienes han defendido a la persona de López por sus trayectorias vital y empresarial, así como también los valores que se aprecian en ellas) no existe una respuesta unánime sobre su eventual dedicación a la trata. Sirva realizar, a título de ejemplo, un nuevo y breve repaso sobre lo que han dicho al respecto los autores analizados. Para María del Mar Arnús, Juan Zamora Terrés, Eugenio Ruiz Martínez o la Asociación Catalana de Capitanes de la Marina Mercante, no hay pruebas que acrediten la actividad negrera de Antonio López. Coinciden en afirmar que tan sólo hay una especie de leyenda negra sobre el personaje; una leyenda que nace del único testimonio de su cuñado, Pancho Bru Lassús, a quien creen que no debe darse ningún tipo de credibilidad. Otros defensores de López admiten, sin embargo, cierta sombra de duda sobre dicha cuestión. Así lo han hecho Isabel Güell López y Anna Caballé, ambas de forma más o menos implícita. Esta última señalaba, por ejemplo, que algunas empresas desarrolladas por López fueron ciertamente «turbias», en lo que puede tal vez ser leído como una aceptación tácita del hecho en cuestión. Entre los defensores de mantener la polémica estatua sobre su pedestal podemos distinguir también un tercer grupo integrado por quienes, al hilo de la polémica, han destacado que no parece justo centrar en una sola persona la reflexión y la evaluación críticas sobre las vinculaciones de Barcelona, de los barceloneses y de los catalanes con el comercio

de esclavos, cuando resulta que este último fue un fenómeno mucho más amplio. El presidente de la Real Liga Naval Española, Juan Díaz Cano, señalaba, por ejemplo, que «a su pretendida fama de negrero contribuyó seguramente la existencia de famosos negreros de origen catalán con trayectorias paralelas a la del propio marqués de Comillas como Salvador Camps, Juan Barceló, Pablo Simón, Juan Milá, Majín Masó y Girar, Pedro Vivó, Ramón Mascaró o Manuel Pascual». Y Francesc Grannell afirmaba, por su parte, que «muchos empresarios de los que financiaron el Eixample de Barcelona tras la caída de las murallas y el plan Cerdà, y que hicieron grande a Catalunya y a Barcelona, habían hecho dinero con el tráfico de esclavos». Ni uno ni otro consideraban, sin embargo, que aquella realidad justificase la actitud iconoclasta del Ayuntamiento de Barcelona, concentrada en la estatua de Antonio López.

De hecho, sea cual sea su respuesta a la pregunta de si dicho personaje se dedicó, o no, a comerciar con esclavos, los defensores de su figura coinciden en que retirar la susodicha estatua del espacio público parte de un absurdo presentismo histórico, o sea, de una visión que juzga el pasado con ojos del presente. Y, más allá de resaltar las virtudes del controvertido personaje, entienden que su eventual dedicación al tráfico de africanos esclavizados no justifica, en ningún caso, la decisión de desmontar su estatua ni de rebautizar, con otro nombre, la plaza de Antonio López.

Quiero dejar claro que este libro no nace exclusivamente para dar respuesta a la pregunta de si el primer marqués de Comillas participó, o no, en el comercio ilegal de africanos esclavizados mientras vivió en Cuba. Nace, eso sí, con la voluntad de ofrecer una aproximación completa sobre las múltiples aristas que conformaron la vida y los legados de un personaje que hoy día sigue despertando tantas pasiones, a favor y en contra. Ahora bien, aunque no tengo pensado centrarme en su eventual implicación en la trata africana, no es menos cierto que en este libro voy a abordar esa espinosa cuestión. Y que pienso hacerlo desde el rigor y más allá de debates ideologizados o de controversias de uno u otro signo. Unas polémicas,

eso sí, que me han llevado a la conclusión de que resulta necesaria una nueva biografía de Antonio López y López. Mi relato transcurrirá, de hecho, en los tres escenarios principales de su vida: su villa natal, Comillas; la isla de Cuba, donde acumuló los primeros capitales que pudo después invertir en la Península y que le permitieron convertirse, en definitiva, en un dinámico empresario; y, cómo no, Barcelona, la ciudad que convirtió en el epicentro de sus negocios tras su marcha de Cuba y su regreso definitivo a la Península en 1855.

Mi interés por Antonio López precede, de hecho, a la reciente controversia desatada por la conveniencia, o no, de retirar su estatua. Arranca, cuando menos, del otoño de 1992, cuando, recién licenciado en Filosofía y Letras por la Universitat Autònoma de Barcelona (UAB), presenté un proyecto de investigación centrado en la trayectoria vital y empresarial del primer marqués de Comillas para la concesión de una beca predoctoral en la citada universidad que finalmente me fue concedida. En enero de 1993 me incorporé al Departamento de Economía y de Historia Económica de la UAB y cursé también por aquel entonces el Máster Interuniversitario en Historia Económica impartido conjuntamente por la Universitat de Barcelona y la UAB entre 1992 y 1994. En 1995 obtuve el título de magíster en Historia Económica tras presentar una tesina titulada *Antonio López y López (1817-1883), primer marqués de Comillas. Un empresario y sus empresas*, dedicada no sólo (o al menos no tanto) a la trayectoria vital de dicho personaje, sino a la historia de las empresas que había fundado. Al año siguiente, el programa de Historia Económica de la Fundación Empresa Pública la publicó en su colección de *working papers*. Tras trabajar en ella durante varios años bajo la dirección de Josep Maria Delgado Ribas, acabé presentando mi tesis en la UAB en abril del año 2000 con el título *Empresa, política y sociedad en la Restauración: el grupo Comillas (1876-1914)*. En ella amplíé mi interés inicial por Antonio López abordando también la trayectoria vital de su hijo, Claudio López Bru (1853-1925), segundo marqués de Comillas, junto con las historias de las empresas que ambos habían fundado o dirigido a lo largo de un exten-

sísimo período cronológico (1844-1925). Asimismo pretendí situar la labor empresarial de aquellos dos influyentes personajes en un contexto más amplio, o sea, abordé además su dimensión política en el marco de la historia española de su tiempo, con una atención especial al período de la Restauración. Al optar por aquella estrategia, las trayectorias vitales de los dos primeros marqueses de Comillas quedaron subsumidas (tal vez, hasta cierto punto, escondidas) en el estudio de sus múltiples empresas, el análisis de las cuales articuló la arquitectura propia de dicha investigación. Mi tesis doctoral, ampliada con algunos aspectos que había tratado previamente en mi tesis de máster, fue elegida como finalista del cuarto Premio de Biografía Empresarial, instituido por la madrileña editorial LID, lo que implicó su publicación en forma de libro, a finales del año 2000, de mi monografía *Los marqueses de Comillas, 1817-1925. Antonio y Claudio López*. En aquella obra reuní los resultados de una investigación que me había ocupado los siete años anteriores y volqué todo el conocimiento que había podido acumular en torno a ambos personajes.

Llegados a este punto, resulta legítimo preguntarse: ¿tiene sentido publicar ahora, veinte años después, una nueva biografía sobre Antonio López? Y, más aún, ¿tiene sentido que sea el mismo autor quien la haya elaborado? Mi respuesta a ambas preguntas es claramente afirmativa por varias razones. En primer lugar, porque aquel libro editado en el 2000 está agotado y, además, descatalogado desde hace varios años. En segundo lugar, porque el análisis que ahora presento está centrado en exclusiva en la trayectoria vital de Antonio López, o sea, que no tiene por objeto abordar la de su hijo Claudio (ni la de su hija Isabel o la de su yerno, Eusebio Güell Bacigalupi), más allá del tiempo que una y otros compartieron con su padre. En tercer lugar, porque en esta nueva monografía he optado por ofrecer un relato eminentemente cronológico en torno a la vida del primer marqués de Comillas, o sea, una narración en la que repasaré los hitos fundamentales de su vida tal como se fueron produciendo. Y, *last but not least*, porque en estos veinte últimos años han aparecido nuevas fuentes documentales,

cuya consulta me ha permitido describir mejor algunos pasajes de la vida de Antonio López que apenas fueron objeto de análisis (o al menos no con la misma intensidad) en el libro que publiqué hace casi cuatro lustros. Así sucede, por ejemplo, con el tiempo que nuestro personaje vivió en Santiago de Cuba, una época que aparece tratada en mi primer libro de forma demasiado sucinta. De hecho, visto el interés por la figura del primer marqués de Comillas y particularmente por sus años de residencia en Cuba (así como la polémica sobre su vinculación en la Isla con la institución de la esclavitud y con el comercio de esclavos), he querido abordar aquí esa etapa de su vida con cierta extensión y profundidad. Lo he hecho movido por la voluntad de dar luz sobre el aspecto más sombrío, más cuestionado también, de su trayectoria vital. Ahora bien, mi perspectiva va más allá, es más general, y mi deseo no es otro que intentar dar cumplida respuesta a una sola pregunta: ¿quién fue, en definitiva, Antonio López y López, primer marqués de Comillas?